

EDMOND VANDERCAMMEN

«Les abeilles de septembre»
16 edición.—Paris, diciembre 1959.

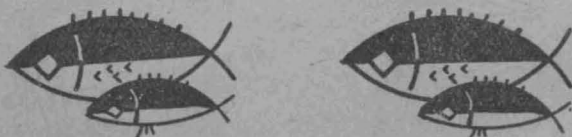
Edmond Vandercammen es hombre al que cualquier homenaje, y, más aún el elogio ordinario, le resbala. Decir que este poeta belga es —el adjetivo no importa: póngase el de mayor fuerza expresiva— extraordinario, es derrumbarse en el vacío del tópico. A Vandercammen hay que conjugarle en su propia emoción, con el aliento de su verso; leerle y llegar a ser apto para poder contarse entre los miles de lectores que ya lo son. Creo que Vandercammen es uno de los poetas más leídos, «universalizados», sin haberse servido de la noble —pero llena de equívocos— fiesta del mutuo bombo, que tanto se lleva actualmente, tan artificial como cualquier *slogan* publicitario.

Como digo al principio, ésto, en la opinión del poeta, no tiene ningún valor. Su sencillez es hermosa, pero, para los que le conocemos, es como un bello defecto, si esto puede ser posible, que nos obliga a justificar con el testimonio de su obra gigante, que sobrepasa los límites de la amistad. Pero uno se siente «pagado» espléndidamente con un libro entre las manos, un libro como «Las abejas de septiembre», delicadamente feroz, arrancado del hombre más profundo y de proyección infinita iniciada en su «Canto del mar», con ritmo y sonido de su voz más aérea:

«Yo soy el mar, la sangre del cielo y de la tierra,
el pecho del viento, el seno de las nostalgias,
las voraces heridas en el costado de vuestras rocas,
el susurro, el grito, la cólera, la locura,
y, sin embargo, leve canción a la sombra de vuestras
[palmas].»

Uno se siente agradecido y con ganas de revisar nuestro expediente literario, poético o, simplemente, social, lleno de enmiendas y tachaduras —¿hay alguien capaz de no equivocarse?— y estar seguro de recibir la caricia que Vandercammen ha dejado en nuestra sombra.

Este es el verso (verso poético indudable) de uno de los poetas más grandes de lengua francesa, porque «...La misma ola borrará nuestro saber. —Pero, qué importa la fiebre de nuestras sitiadas frentes— si hemos conocido las bodas de nuestra partida!»



ANTONIO MURCIANO

«La semilla»
Adonais.—Madrid, 1959.

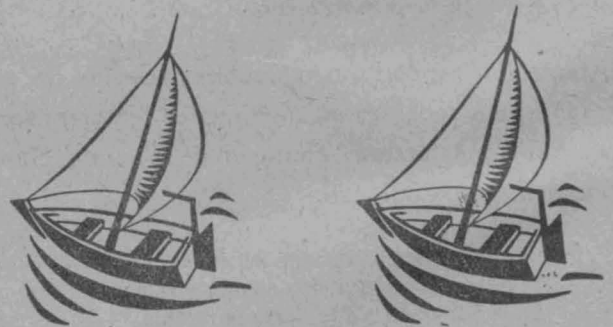
Antonio Murciano se afianza cada vez más a su forma de expresión, de autenticidad personal. La poesía española contemporánea hoy puede decirse que se singulariza en la andaluza, de la que el poeta de «La semilla» es ejemplo considerable. Murciano busca —y encuentra felizmente— no el ideal poético, sino la realidad humanamente lírica:

«Qué amortajado muere y vive el hombre
pendiente el corazón de un sólo hilo.»

«...Tiene en la frente su señal marcada
y a pura fuerza de vivir, descubre
que un hombre es una vida amortajada.»

Antonio Murciano domina las formas con las armas de su propio contenido. El corazón del poeta se abre, se explaya en la amistad del hombre por el hombre, no a través de las cosas, sino directamente. Rompe las fronteras espirituales para dar paso libre a la Humanidad, y concibe el bello poema subtítulo «Carta abierta para un amigo ignorado», amorosamente indeterminado, como un abrazo universal y eterno.

El libro del poeta de Arcos de la Frontera, accésit del Premio Adonais de 1958, es uno de los mejores logros de la poesía actual.



MARIO ANGEL MARRODAN

«Poética elemental»
Ediciones Litoral.—Pontevedra, 1959.

Después de un lujoso desfile de obras poéticas,